

universal con voluntad de llegar al lector común. *La papallona negra* abunda en esta línea. Es la historia de Can Montalà, una masía del siglo XIII que se asoma a una época de grandes cambios. Ante la imposibilidad de vivir exclusivamente de la explotación de vacuno, sus propietarios deciden arreglar los antiguos pajares y crear, como complemento, un establecimiento de turismo rural. El hijo de la casa se enamora de una chica que pasa unos días en la posada. La pareja no funciona y la cosa acaba muy mal. La mariposa negra que Martina lleva tatuada en la cintura es el símbolo del oscuro destino que espera a la gente de campo.

La idea está en la línea de otros libros de Pladevall (*Terres de lloguer* terminaba con una escena memorable, cuando Lluís, después de una noche de copas, roturaba el campo de golf de La Teuleria con un arado de cuatro palas). Pero da la sensación de que a *La papallona negra* le falta materia prima. La trama central tarda muchísimo en plantearse porque, antes de entrar en materia, Pladevall se entretiene a detallar la crisis de la explotación ganadera. Son un montón de páginas que, en lugar de explicar sencillamente lo que pasa (ha llegado

### Pladevall se asoma a la crisis del mundo rural a través del noviazgo entre un chico de campo y una niña pija

una carta del Departament d'Agricultura que obliga a sacrificar a cuatro becerros porque han perdido la chapa de identificación), ocultan información y pretenden crear suspense a base de anunciar la gran desgracia sin decir de qué se trata.

La relación entre Martina y Jordi tiene gracia. Es el encuentro entre dos mundos irreconciliables: el chico de la masía y la niña pija de la calle Balmes, unidos por la atracción sexual. Impecable la descripción del comportamiento de Jordi y la recepción del noviazgo por parte de sus padres. Martina es un personaje más plano. La visita al campo de golf que un amigo de la chica regenta junto a Can Montalà resulta forzada. Las truculencias sexuales y la violencia con la que describe el accidente del Mitsubishi (el cadáver desollado por los cuervos) demuestran falta de naturalidad narrativa y la necesidad de recurrir a golpes de efecto.

Si con *Terres de lloguer* Pladevall alcanzó sus máximos registros con una novela nostálgica y reivindicativa, *La papallona negra* produce una sensación de agotamiento. Es un libro con un buen tema, bien escrito, con muchos y muy diversos personajes, que se desvía de la línea más contemporánea y toma el camino del drama rural. |

**El escritor Bernardo Atxaga, recién fotografiado en Madrid**

PACO CAMPOS / EFE



**Novela** Bernardo Atxaga se aleja de la familiar realidad vasca para viajar al Congo colonizado terroríficamente por Leopoldo II. Todo un desafío

## Los depredadores de la selva

**J.A. MASOLIVER RÓDENAS**

Han sido tantas las entrevistas a Bernardo Atxaga (Asteasu, Guipúzcoa, 1951) a propósito de su última novela *Siete casas en Francia*, que apenas si queda espacio para la crítica. Por suerte, las opiniones del autor no siempre coinciden con las de los lectores. Toda nueva novela de Atxaga parece estar feliz y fatídicamente condenada a un referente, la prodigiosa *Obabakoak*, y a Obaba, un espacio mítico como lo es el Macondo de García Márquez. Pero si ahora se aleja del familiar mundo vasco, que tantos y hasta maliciosos malentendidos ha creado sobre todo a partir de *El hijo del acordeonista*, no se ha alejado de una coherente concepción de la novela. *Siete casas en Francia* es una afirmación de todo el mundo ético y estético que sostiene su narrativa. Y un desafío. Un cambio de escenario no necesariamente significa, pues, un cambio de actitud.

El escenario es nada menos que el entonces llamado Estado Libre del Congo –más tarde Congo Belga, hoy República Democrática del Congo o Zaire–, literalmente propiedad de Leopoldo II, rey de Bélgica entre 1875 y 1909, dueño de un *jardín* de 2.220.000 kilómetros cuadrados, quien llegó a asesinar a diez millones de nativos para ex-

plotar la industria del caucho y del marfil. Joseph Conrad pasó seis meses en el Congo de Leopoldo II e, inspirado por las atrocidades de las que fue testigo, escribió la novela corta *El corazón de las tinieblas* (1899), una denuncia, a través de su protagonista Kurtz, de la crueldad, la codicia y el afán de poder de los colonizadores. A la novela ya escrita, la de Conrad podemos añadir la que está escribiendo Mario Vargas Llosa y sobre la que lleva tiempo documentándose. En este caso es fácil adivinar –si segui-

### 'Siete casas en Francia' ahonda en temas como la falta absoluta de principios éticos y la degradación humana

mos una trayectoria que va de *La casa verde* a *La fiesta del chivo*, pasando por *La guerra del fin del mundo*– lo que tendrá de feroz testimonio de raíz naturalista sobre la perversión del poder.

Dos autores que sirven para entender lo que ha querido evitar, con enormes riesgos, Atxaga. Por supuesto hay referencias a las extravagantes veleidades amoratorias del sanguinario monarca, a la ex-

plotación del caucho y del marfil, a las amputaciones, violaciones y asesinatos. Pero, simple testigo de los hechos, prescinde de toda documentación y de toda denuncia explícita, sustituidas por la ambientación vagamente africana y colonial y por la falta absoluta de principios éticos de este grupo de oficiales establecidos en la guarnición de Yangambi, en la confluencia de los ríos Congo y Lomani, movidos por la codicia, la gula, la lascivia y la infidelidad.

Hay un violento contraste entre la brutalidad colonizadora y la sucesión de situaciones novelescas propias de la novela de aventuras. Quiero decir que como novela de aventuras funciona mucho más que como la novela de denuncia que sólo implícitamente ha querido ser. Los personajes son realmente fascinantes. Casi todos poseen personalidades escindidas. El capitán Lalande Biran, tan fiel a la codicia de su mujer como a las muchachitas indígenas, amoral y poeta de altas aspiraciones que escribe un servil poema, *Dos leones*, dedicado a Leopoldo II, el verdadero rey de la selva; Van Thieguel, con la cabeza siempre dividida en dos partes, cegado por el alcohol y la lujuria; Donatien, un gigante de dos metros, aconsejado en sus delirios por sus numerosos hermanos. Pero el personaje más complejo y conseguido es, a mi disidente juicio, Chrysostome, porque se sale de todos los estereotipos: la burda simplicidad de sus creencias religiosas contrasta con su prodigiosa puntería, su integridad y su delicada actitud ante el amor.

A través de ellos (esta es esencialmente una novela de personajes) se produce una serie de episodios divertidos, emocionantes y siempre memorables que refuerzan lo que de fábula, más que de documento, tiene la novela. |

**Bernardo Atxaga**  
**Siete casas en Francia / Set cases a França**

Traducción al castellano de Asun Garikano y Bernardo Atxaga y al catalán de Núria Pujol y Xavier Therios

ALFAGUARA  
264 / 252 PÁGINAS  
19,50 EUROS